

desahogo á nuestra pesadumbre. — ¿Qué tienes, hijo de mi alma?— Y no sabemos qué contestar.— No me tengas ansiosa; ¿qué te ha sucedido? ¿qué pasa? ¡Dímelo, vida mía!— Y entonces nos echamos en sus brazos, y se lo contamos todo, y la madre, conmovida, nos acaricia el rostro diciendo: — ¡Pobre hijito mío! Tranquilízate; ya vendrán otros.— Y consolados con tales palabras, volvemos gozosos á nuestros sables y á nuestros tambores.

¡Oh, madres! dejad que vengan á nosotros vuestros pequeñuelos: les amaremos como hermanos, como hijos, y cuando se separen de nosotros, volverán á vuestro seno más fuertes y más amantes, porque al lado de los soldados se aprende á amar, y á amar con un afecto que comunica nuevo temple al alma y al corazón.

En prueba de ello voy á referir un caso que hace algunos años ocurrió en un regimiento de nuestro ejército, el cual conozco por un amigo mío, que me lo contó, y tuvo en él parte no pequeña. Procuraré narrarlo con sus propias palabras.

II

Nuestra división, que salió á medio día de Battaglia, importante población situada en la vertiente oriental de los montes Enganeos, al caer de la tarde de uno de los últimos días de Julio del año 1866, penetraba por la punta de Santa Croce en la ciudad de Padua, que debía atravesar, para seguir luego su marcha hacia Venecia. No obstante haber pasado por ella varios cuerpos de ejército, y sin embargo de ser las calles que nosotros seguíamos las más apartadas del centro, y por consiguiente las menos frecuentadas, la acogida que se nos dispensó por sus habitantes fué superior á todo encarecimiento.

Con todo esto, de mí sé decir que sólo conservo de ello un recuerdo vago, confuso, semejante al que se guarda de los primeros coloquios de amor que se han sostenido con la novia, cuando las piernas tiemblan, palidece la tez y va anocheciendo paulatinamente.

Puedo decir, pues, que al paso que me acercaba á Padua, la ciudad más importante del Véneto que encontrábamos en nuestro camino, latía con más fuerza mi corazón y mis ideas empezaban á confundirse. Luego, así que penetramos en la población, nos encontramos con una muchedumbre compacta y numerosa, que en cuanto nos vió prorrumpió en entusiastas vítores, y se precipitó en medio de nuestras filas, y rompió la formación, y en un abrir y cerrar de ojos se desparramó por todos lados, de suerte que ni rastro quedó del orden en que marchábamos, con lo cual nublóseme la vista, y no sólo la vista sino también la mente. Recuerdo que no una sino muchas veces sentí que ceñían mi cuello y mi cintura brazos convulsos; y palpaban la espalda y los brazos manos temblorosas; que besaban mi rostro muchos labios ardientes, con el fuego y el entusiasmo con que una madre besaría á su hijo al verlo por vez primera después de una prolongada ausencia. Recuerdo haber sentido el contacto de muchas mejillas humedecidas por el llanto; haberme detenido más de una vez para librar mi sable de las manos de un pequeñuelo que lo sacudía con violencia, para que me volviera y pudiera hacerme cargo de su humilde viva; haber andado largo rato llevando adornado el capote con media docena de ramos de flores, que debían darme toda la apariencia de novio campesino; haber, por último, ensordecido á fuerza del prolongado y clamoroso rumor de los gritos de viva que se pronunciaban á nuestro paso... Vivas he dicho, y he dicho mal. Aquello no eran vivas: eran gritos inarticulados, torrentes de sollozos sofocados por la emoción, gemidos como de pechos opresos y agotados por lo intenso de la alegría, voces

impregnadas de un acento tal, cual no había hasta entonces llegado á mi oído, siquiera los hubiese concebido fantaseando la expresión de un júbilo superior á las fuerzas humanas.

La muchedumbre se mezclaba con vertiginosa rapidez, y ondulando ondulando llevaba á los soldados de una parte á otra, bien que avanzando siempre en la dirección que tomó la fuerza al penetrar en la ciudad. Por encima de las cabezas de la multitud podía distinguirse la agitación febril de brazos, de fusiles y de banderas; y agruparse y empujarse impetuosamente unos y otros, y dividirse y separarse luego, de repente, al compás de los impetuosos abrazos, y del rápido desasirse de militares y paisanos. Y los chicuelos cogían á los soldados por los faldones de los capotes, ó por la vaina de las bayonetas, disputándose afanosamente sus manos para cubrirlas de amorosos besos: y hasta las mujeres, sin distinción de edades ni de clases; jóvenes y viejas, ricas y pobres, estrechaban denodadamente las manos de los soldados, ponían ramos de flores en los ojales de sus capotes, y les preguntaban con dulce afecto si venían de muy lejos, y si estaban muy cansados, y les proveían de cigarros y de frutas, y les ofrecían su mesa y su casa, desentendiéndose con cariñosa complacencia de las negativas y renovando calurosamente súplicas y ofrecimientos.

No se veía en toda aquella muchedumbre un solo rostro que no estuviera transfigurado por la emoción: ojos dilatados y ardientes, mejillas pálidas y humedecidas por el llanto, labios temblorosos, y en el acto más insignificante, en el ademán más imperceptible, en cada palabra, en cada grito, un no sé qué de convulsivo y febril que se transfundía en la sangre, y hacía estremecer todas las fibras del corazón hasta el punto de no serme posible articular una sola palabra cuantas veces pretendí corresponder á los saludos y á las bendiciones de aquella entusiasmada multitud.

Las casas estaban llenas de banderas: en cada ventana

se veía un grupo de personas, estrechadas la una contra la otra, las últimas puestas de pie encima de una silla, apoyando las manos en las espaldas de las que formaban la primera fila, y éstas casi estrujadas contra el antepecho. Unos agitaban pañuelos, otros saludaban con las manos, otros arrojaban ramos de flores, y todos gritaban á gañote tendido y abierta la boca de par en par, con un grito continuado, interminable como los pajarillos en el nido en cuanto llega á ellos la madre. Pequeñuelos había, sostenidos en brazos por las suyas, que agitaban también sus manecitas, y lanzaban de cuando en cuando un débil grito, que se perdía en el aire envuelto en la gritería de la muchedumbre. Llenas, cuajadas estaban de gente las bocacalles y los umbrales de las tiendas y oficinas. Ví no pocos de aquellos honrados obreros poner un cigarro en la mano á uno de sus hijos, é indicándole un soldado, empujarlo para que fuera á entregárselo: ví alguna de aquellas buenas mujeres presentar á su hijuelo á los oficiales para que lo abrazaran, como si aquel abrazo fuera una bendición del cielo; y también ví más de un anciano encorvado por el peso de los años aproximar á su pecho la cabeza de un soldado y oprimirla contra él con desusada ternura, cual si pretendiera sujetarla para siempre jamás...

En medio de tales y tantas demostraciones de afecto y gratitud, los soldados, jóvenes todos y sin experiencia, estaban como entontecidos, y reían y lloraban al par, y no encontraban palabras con que responder á aquellas muestras de cariño, y si se les ocurrían no lograban pronunciarlas, y valiéndose de gestos y ademanes parecían decir: — ¡Basta! ¡Basta! ¡No somos merecedores de tanto! ¡No podemos expresar lo que sentimos!

Á medida que nos acercábamos á la puerta por donde debíamos salir, la muchedumbre era menos compacta, y siquiera lentamente, se iba restableciendo el orden en las filas.

La puerta por la cual debíamos salir es la que los paduanos llaman el *Portello*. Hasta la puerta fuimos acompañados por muchísimos de ellos, en su mayor parte personas de distinción, que entremezcladas con los soldados y marchando del brazo con ellos, sostenían una conversación animada, afectuosa, rápida y cortada, por lo mismo que á las expansiones del primer entusiasmo, que sólo con lágrimas y con exclamaciones lograba expresarse, había sucedido una verdadera necesidad de desahogarse por medio de palabras, de preguntas, de protestas y de cortas interrupciones durante las cuales se miraban en el rostro los unos á los otros cual si intensamente quisieran conocerse, sonriendo cual si quisieran decirse: — ¡De manera que es realmente un soldado italiano el que llevo del brazo! — ¡De suerte que en realidad nos encontramos entre esos buenos paduanos! — Y al llegar aquí, un nuevo apretón de manos y una recíproca sacudida en el brazo, que quería decir: — Estás aquí: te siento: no te dejo escapar.

Durante la media hora que se había empleado en atravesar la ciudad se habían hecho muchas amistades; se habían cambiado muchas promesas de escribirse; se habían formado numerosos propósitos de volverse á ver al regresar, y establecido convenios, y notado en las carteras los nombres y las direcciones. — ¿Usted me escribirá el primero? — Yo el primero. — ¿En cuanto llegue al campamento? — En cuanto llegue. — ¿Me lo promete usted? — Se lo prometo. — Y otro apretón de manos, y otra sacudida en el brazo.

Y andando, andando, al paso que el regimiento se acercaba á la puerta, los diálogos se hacían más expansivos y afectuosos; más expresivos los ademanes, más animada la expresión en los rostros, y se repetían los vivas y los gritos que hacía un rato habían cesado, y los soldados comenzaban de nuevo á perder la formación, hasta tanto que, llegado que hubimos á la puerta, se detuvo el grueso de la gente. Ya allí, no hay para qué decirlo, pues fácilmente puede com-

prenderse: una confusión, un griterío, un abrazarse, un besarse, un desprenderse de los brazos del uno para lanzarse en los del otro, y de éste en los de un tercero, y un continuo cambiarse de palabras y saludos y fervientes deseos y cariñosas bendiciones. Por último, el regimiento dejó detrás la puerta, y se dispuso en orden de marcha en dos filas á derecha é izquierda del camino. Durante un rato los soldados volvieron á mirar hacia la puerta junto á la cual la apiñada muchedumbre seguía saludándonos agitando los pañuelos y prorrumpiendo de cuando en cuando en adioses y vítores. Pero comenzó á oscurecer; al cabo de breve tiempo nos era difícil distinguir á los que nos habían acompañado; cesaron los gritos; los soldados volvieron á marchar con el orden debido, y los oficiales, que antes caminaban formando grupos, volvieron á sus puestos respectivos.

Hacía muchas horas que caminábamos: antes de llegar á Padua estábamos ya rendidos de cansancio y marchábamos lenta y desordenadamente, y sin embargo, al salir de la ciudad, caminábamos cual si en aquel preciso momento hubiésemos dejado el campamento después de prolongado descanso. Los soldados marchaban firmes, resueltos, decididos: las filas estaban compactas y doquiera podía notarse una charla rumorosa, viva y animada. ¡Eran tantas las cosas que debían decirse!

III

A todo esto había cerrado la noche, y en consecuencia, se encendieron las linternas. Con la aparición de su luz volví en mi acuerdo, si así puede decirse; pues lo cierto es que hasta aquel momento, puesta la mente en Padua, no sabía darme cuenta de cosa alguna de las que tenía cerca de mí, y me hallaba en la situación del que despierta en el cuarto